Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 24 Article 15

1986

Influencia de la cultura y la lengua

Paula Bellot de Velazquez

Citas recomendadas

de Velazquez, Paula Bellot (Otoño-Primavera 1986) "Influencia de la cultura y la lengua," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 24, Article 15.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss24/15

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

INFLUENCIA DE LA CULTURA Y LA LENGUA FRANCESAS EN *ENTRE-NOS* DE LUCIO VICTORIO MANSILLA

Paula Bellot de Velázquez
Universidad Nacional de Tucumán, Argentina

La personalidad de Lucio V. Mansilla, tal como aparece en su biografía y sus obras, brillante y multifacética, presenta la imagen de una cultura ecléctica común a una generación de argentinos quienes, luego de la Independencia, buscaban afuera, especialmente en Francia, modelos culturales y literarios con que enriquecer los propios.

La influencia de las costumbres francesas se hacía sentir en Buenos Aires sobre todo en el campo de la vida de relación. La literatura francesa gozaba de gran prestigio. El francés era una especie de lengua segunda, de uso literario, poseída en común y en exclusividad por una clase social privilegiada. Abundan los ejemplos de préstamos, calcos y citas en *Entre-Nos* de Mansilla.

Sin embargo, ni las modas, ni la literatura, ni la lengua francesas llegaron a modificar profundamente las formas de vida y de expresión genuinas. Mansilla (y en esto también podemos suponer que expresa el sentir de su generación) se resiste al afrancesamiento, afirma el orgullo de su estirpe, y se complace en permanecer, a pesar de todo, *tan criollo como el Chacho.*

Representante de la aristocracia criolla surgida de la Independencia, vinculado por su nacimiento y su actividad a las altas esferas del poder, hombre de salón y conversador ingenioso, apasionado por la literatura y la filosofía, gran viajero, soldado también, diplomático, parlamentario, escritor, periodista: la personalidad de Lucio V. Mansilla es ante todo brillante y multifacética.

Este hombre, quien aparece en los relatos y anécdotas de *Entre-Nos* siempre airoso y natural, tanto en la tertulia de una casona tradicional de Buenos Aires como en un campamento del Paraguay, en las tolderías de los Ranqueles o en el salón de una marquesa parisina, ofrece la imagen superlativa de la cultura ecléctica que caracterizó a una determinada clase social de la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX.

Entre todas las influencias que marcaron a los hombres de esa generación, quizás la francesa, después de la española, haya sido la preponderante. Así lo expresa el mismo Mansilla:

> La influencia de las ciencias, de las artes, de las letras francesas ... ha sido tan grande entre nosotros y en toda América latina, que puedo afirmar ... que el pensamiento de sus filósofos, de sus jurisconsultos, de sus poetas, de sus dramaturgos, es el que tiene en el Nuevo Mundo más vasto auditorio (p. 379).[1]

La lengua francesa fue el medio por el que accedieron a cierta forma de sentimiento literario y de pensamiento filosófico y político. *Entre-Nos* suministra innumerables ejemplos de la vigencia del francés en la clase culta de Buenos Aires, bajo la forma de préstamos, calcos y citas. Nos muestra asimismo la influencia francesa en las costumbres de la época.

Influencia en la vida social y cultural

En varias oportunidades, Mansilla alude a la costumbre que tenían las familias adineradas de viajar a Europa, especialmente a Francia, y de mandar allí a sus hijos para que completaran sus estudios y educación: *todos los argentinos de algún fuste que van a París* (p. 39); *París, la gran golosina de los viajeros, jóvenes y viejos* (p. 88); *los eruditos, los sabios, los jurisconsultos, algunos de cuyos sabios habían estudiado en Europa ... siendo discípulos de Dupuytren* (p. 61).

Cuenta Mansilla anécdotas de sus caminatas por las calles de París (p. 324) y de su paso por los salones del aristocrático Faubourg-Saint-Germain (p. 91). De los teatros parisinos, que frecuentó asiduamente, trae citas que

abarcan desde Moliére (p. 127) hasta el vaudeville, tan de moda en esa época (p. 472).

El teatro francés tenía gran éxito en Buenos Aires. En ocasión de la muerte de Emile Augier, Mansilla recuerda a sus conciudadanos la pieza ***Fourchambault***, *que más o menos todos ustedes han aplaudido* (p. 625). *Les surprises du divorce*, y *Le voyage de M. Perrichon* marcaron el triunfo en Buenos Aires del actor Coquelin quien, del 7 de julio al 26 de agosto de 1888, dio 38 funciones en vez de las 20 anunciadas (p. 375), y se volvió a su tierra cargado de elogios entusiastas y de valiosos presentes. Los porteños no vacilaban en pagar tres duros por *La vie parisienne* (p. 373) con tal de enterarse de los acontecimientos sociales y culturales de la capital francesa, y devoraban los libros llegados de allí.

A tal punto se hacía sentir la influencia francesa en el ámbito de la vida social e incluso de la vida diaria, que escribe Mansilla: *el viejo Buenos Aires se va, y éste, poco a poco, se nos va convirtiendo en un* ***petit Paris*** (p. 151).[2] La cocina francesa era apreciada. Nos enteramos de la existencia en Buenos Aires de *sibaritas refinados* aficionados a la *haute cuisine* de Brillat Savarin (p. 76). Se menciona un *pâté de foie gras* trufado (p. 47) y unas preparaciones *au vin de Champagne* (p. 51), especialidad de Sempé, propietario y cocinero del Café de París *que como buen francés de nada se escandaliza* (p. 51).

Resulta sugestivo que el director del diario *El Nacional* se llamara Dimet. No está aclarado en el texto si Dimet era francés o descendiente de franceses, pero el gesto que hace para llamar al autor es típico: *ese movimiento de la mano que parece atraer, porque describe como un gancho con los dedos* (p. 50).

En la sociedad porteña se había difundido la moda de los *salones* y del *álbum*. La madre de Mansilla tenía su salón (p. 43) y su álbum (p. 42) en el cual los visitantes escribían frases y versos en homenaje a la dueña de casa. Tenía además un *Gobelin* en su habitación (p. 54). La costumbre de los salones se implantó en Francia en la primera mitad del siglo XVII, época del preciosismo, en la que se fijó, además de la lengua, toda una tradición de cortesía, buen gusto y elegancia. Los salones del siglo XVIII, donde las damas de la aristocracia recibían a los artistas, científicos, escritores y filósofos, contribuyeron a la difusión de las nuevas corrientes literarias y de las nuevas ideas políticas. En la época de Mansilla, los salones de Paris estaban aún en su apogeo. También lo estaban en Buenos Aires. Mansilla, citando a Vicente Fidel López, menciona a título de recuerdo el *salón o tertulia de Luca* donde *se había estrenado el Himno Nacional* y donde además de política *se hacía arte* (p. 424). Entre los contemporáneos, cita el de su madre. En sus *Memorias*,[3] Mansilla da algunos detalles sobre este hecho social del salón, suerte de tertulia a la parisina presidida por la dueña

de casa. Agustina Rozas[4] de Mansilla reunía a sus invitados en la sala de costura:

> Tenía un verdadero *salón.* Muchas veces no había donde sentarse ya en el costurero, y los tertulios se diseminaban pasando algunos al comedor. Allí se confundían todas las nacionalidades y todas las profesiones: diplomáticos, marinos, militares, abogados, médicos, comerciantes y paseantes en corte (p. 234).

Mansilla, como muchos jóvenes de su generación, adquirió, gracias a esa vida de intensa comunicación social y a la frecuentación de los autores nacionales y extranjeros, especialmente de los franceses, una vasta cultura filosófica y literaria. Cuenta que durante su adolescencia leía con pasión los volúmenes de la biblioteca paterna, entre otros *La Nueva Heloísa* y *El contrato social* en el texto francés. Estas lecturas fueron precisamente lo que le valió ser alejado del país, a la edad de 17 años, por su padre quien, al sorprenderlo leyendo *El contrato social*, se apresuró a embarcarlo con destino a la India. De allí el joven Mansilla pasaría a Africa, luego a Londres y por fin a París: *Mi amigo,* le dijo su padre, *cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rozas, no lee* ***El contrato social*** *si se ha de quedar en el país; o se va de él, si quiere leerlo con provecho* (p. 81).

A lo largo de *Entre-Nos*, el autor evoca grandes nombres de pensadores y escritores franceses, desde Rabelais, Pascal y La Bruyére hasta Zola, pasando por Jean-Jacques Rousseau, Voltaire, Fontenelle, Buffon, Chamfort, Mme. de Staël, Chateaubriand, Lamartine y Musset, con numerosas citas en prosa y en verso. Alude a personajes de las obras literarias, tales como Jérome Paturôt, Gil Blas, Felix de Montemar, Monsieur Jourdain. Opina sobre los méritos respectivos de Alejandro Dumas y Balzac, y se regocija maliciosamente con la idea de que, a imitación de los franceses, pudieran publicar *Torcuato de Alvear ... sus Memorias; Sarmiento, sus Confesiones; Vicente Fidel López, sus Confidencias, y por añadidura, don Bartolomé Mitre sus Aventuras* (p. 48). Recuerda anécdotas históricas y frases célebres de Talleyrand, Camille Desmoulins, Napoleón, Kléber y muchos otros.

Influencia del francés en la lengua del autor

Se evidencia en numerosas citas, préstamos y calcos. Sin embargo, la inclusión de estos elementos en el texto no altera la estructura de la oración española.

Las **citas** abundan, desde los epígrafes (34 en francés sobre un total de 86 *Causeries*), aforismos y frases célebres:

> On ne meurt que de bêtise (p. 47)
> Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux (p. 52)
> Tout arrive [puesto en boca de Talleyrand] (p. 85)
> Honni soit qui mal y pense [citado justamente a la manera picaresca francesa para que el lector piense "mal"] (p. 186)

hasta saludos y fragmentos de conversación: *—Au revoir, Monsieur; au plaisir de vous revoir, mademoiselle* (p. 189); *— Ah! madame*, exclamé, *c'est bien vrai: voyager est, quoiqu'on puisse en dire, un des plus tristes plaisirs de la vie* (p. 182).

El primer **préstamo** aparece en el subtítulo de la obra, *Causeries del jueves*, inspirado en las famosas *Causeries du lundi* de Sainte-Beuve. La lista de los términos incorporados sería muy larga. En general se puede explicar su presencia por ser más adecuados al contexto que la palabra española correspondiente, o más expresivos, o más lapidarios. A veces el propio autor justifica su empleo, como en el caso siguiente: *yo, al oír aquel* ***beau*** *me pavoneaba,* ***je posais****, expresión que no se traduce bien* (p. 92).

Entre muchos casos observados, señalaremos el empleo de la locución adverbial *quand même* en final de oración: *la emancipación del espíritu se ha de hacer* ***quand même*** (p. 65); *forzarme a proseguir* ***quand même*** (p. 190); justificado por no poseer el español una expresión equivalente que pueda ser usada en final de oración sin ningún sintagma completivo. Asimismo, el autor aprovecha la posibilidad que le proporciona el francés de utilizar *pêle-mêle* ya con valor adverbial (*Allí estaban,* ***pêle-mêle****, las* ***Oraciones*** *de Cicerón...* [p. 55]), ya con valor sustantivo (*Era un* ***pêle-mêle*** *de impresiones en fermentación* [p. 106]) Y usa el término *pendant* en una de sus acepciones francesas, con el sentido de "elemento simétrico", al no encontrar una traducción adecuada en español: *ese cuento no es para este lugar, y lo contaré, Florencio, como* ***pendant*** *de éste que me has pedido* (p. 84).

Además del argumento de la falta de equivalencia en la lengua materna, Mansilla esgrime otro para explicar el empleo de un préstamo: *Es más elegante, me parece, acabar a la francesa, diciendo:* ***Sans adieu*** (p. 640).

Entre las innumerables palabras que el autor adoptó, juzgándolas sin duda elegantes, pintorescas o insustituibles, citaremos solamente: *Monsieur Tout-le-monde* (p. 48), *charmante* (p. 91), *porte-voix* (p. 249), *bons mots* (p. 427), *péché mignon* (p. 505), *au jour le jour* (p. 513), *bons vivants* (p. 578). Hablando de Mme. de Staël y de las mujeres escritoras en general manifiesta el mismo sentimiento que algunos hombres del pasado,

en especial Napoleón: las llama *bas-bleus*, en forma peyorativa. Se permite un juego de palabras acerca del "polisón", prenda de vestir importada de Francia, y las *polissonneries* (picardías) femeninas (p. 181), lo que demuestra un excelente dominio del idioma. Algunos de los préstamos perduran en la lengua de nuestro país, tales como: *chic* (p. 89), *chef, cordon bleu* (p. 180), *buffet* (p. 183), *pot pourri* (p. 190).

Parece difícil, en cambio, justificar el empleo de morfemas gramaticales tomados del francés, ya que tienen su perfecta equivalencia en castellano; por ejemplo: *el **pour quoi*** (el porqué, p. 397), ***malgré*** (a pesar de) *mis pantalones a cuadros escoceses* (p. 393),***alors*** (entonces) *para que el potpourri sea completo...* (p. 190).

Con los vocablos *esprit*, "espíritu", "espiritual", pasamos del préstamo al **calco**. Es interesante señalar que un diccionario editado en 1924[5] (que presumiblemente refleja el uso del tiempo de Mansilla, ya que en general la atestación por el diccionario es posterior al empleo generalizado), acota acerca de "espíritu": *Hay que notar en cuanto al buen uso de esta voz que existen notorias diferencias entre sus acepciones francesa y castellana. En francés "esprit" significa ingenio o entendimiento, agudeza y sutileza; pero en castellano no puede tener jamás esas acepciones.* En cambio, el *Diccionario de la Real Academia Española* en su edición de 1923 y en ediciones posteriores señala, entre otras acepciones, para "espíritu" la siguiente: *vivacidad, ingenio*; y una vieja edición de 1732.. *prontitud y viveza en concebir, discurrir y obrar: y así del que es ingenioso, se dice que tiene o descubre espíritu.* Con dicho sentido, Mansilla emplea ya la palabra francesa *esprit* ya la palabra catellana "espíritu": *es valor entendido que **humor** no es para nosotros ni la farsa grosera, ni la caricatura, ni el **esprit** superficial, ni la amarga ironía* (pp. 576-77). Refiriéndose a las justas oratorias en la Cámara de Diputados: *llevándose los honores del **esprit** mi colega Luro* (p. 552). Y hablando de su madre: *Era bella, tenía espíritu* (p. 42). Este "tener espíritu", poco usado aunque legitimado por el Diccionario de la R.A.E., parece haber sido inspirado por la locución *avoir de l'esprit*, tan frecuente en la vida social y en la literatura francesas entre los siglos XVII y XIX.

En cuanto al adjetivo "espiritual", los diccionarios arriba mencionados concuerdan en dar sólo el sentido de *perteneciente o relativo al espíritu*, mientras que el *Espasa Calpe Argentino* de 1940[6] y el *Diccionario de Galicismos* de Rafael M. Baralt de 1945[7] lo dan como galicismo cuando es empleado por *ingenioso, agudo, gracioso.* Así lo emplea Mansilla en varias oportunidades: *la tentación de ser espirituales* (p. 59); *La gente más espiritual se embriaga con su propia charla* (p. 629); mientras que en otras ocasiones se atiene al sentido tradicional: *esos primeros saludables*

ejemplos de nobleza que preparan el alma para después. Y otras cosas espirituales de las que uno se emancipa, o no, tarde o temprano (p. 58).

Era princesa de sangre, escribe acerca de su madre (p. 42), lo que parece ser un calco de *prince du sang* o *princesse du sang*. Emplea más lejos la locución castiza *un principito de sangre real* (p. 91). Las *memorias de ultratumba* son evidentemente inspiradas de Chateaubriand (p. 48) y es probable que el adjetivo verbal *riente* aplicado a la naturaleza sea una reminiscencia de Rousseau: *un panorama riente, de luz, de perenne vegetación, de agua que murmura sin cesar* (p. 52); *una vegetación sempiterna, enmarañada, riente y pavorosa a la vez* (p. 637).

Una bella mañana, un bello día, evidentes calcos de las locuciones francesas *un beau matin, un beau jour,* sustituyen en el texto las expresiones castellanas "un día", "un buen día": *Sucedió que una bella mañana no lo sentí entrar al autor de mis días* (p. 66); *Lo cierto es que un bello día, entrando en la Casa Rosada...* (p. 149).

Es posible que los calcos sean a veces voluntarios, a veces inconscientes. En algunas oportunidades, el mismo autor los señala: *Llegamos* ***sobre el terreno*** *(este* ***sobre el terreno*** *es una francesada)* (p. 339); diríamos que sí, teniendo en cuenta el contexto, ya que se trata de un duelo. *Yo habría hecho mejor — aunque este* ***hacer mejor*** *me huele a galicismo* (p. 588). En otros casos, nos da la pista del calco: *Su impresión vaga, confusa,* ***Insalslssable, Inagarrable*** (p. 104).

O sea que no le falta a Mansilla espíritu crítico. Lo aplica cuando le parece a su propia producción, a la de algunos colegas, al hecho literario y lingüístico en general. Resulta gracioso que, permitiéndose él tantos términos importados, le reproche a un amigo el único que desliza en una carta (quizás porque éste acaba de ser elegido miembro de la Real Academia Española):

> ¡Pero, hombre, tanto embromar ahí, en España, y aquí también algunos, con que hacemos una mezcolanza imperdonable de gabacho y de castellano! Y si el ejemplo viene de allá, de la tierra del mismo Calderón. ¡Pues no dice tu carta, al indicarme tu dirección: *même maison* ! ¡Qué *même maison* ni qué botijas, hombre, "misma casa"! (p. 537).

Es tan ingenioso el fragmento que vale la pena transcribirlo hasta el final:

> Si algunos de los gallegos que tiene José Manuel ahora de sirviente, o que lo fue tuyo, eso ve publicado, es capaz de creer que es tu título de Académico.
>
> De manera que para no inducir a nadie en error, les diré yo aquí que tú vives en el Gran Hotel (dile a la Academia que ponga *hotel* en el diccionario), de los señores Jotty y Cía. de Madrid, que tienen una sucursal en Málaga.

***Paix a la syntaxe!* Victor Hugo**

En dos de sus *Causeries* (*¿Si dicto o si escribo?* y *Académicos de número, honorarios, correspondientes y electos*) Mansilla reflexiona sobre la lengua y el arte de escribir, y formula opiniones sobre el modo en que la lengua debe enriquecerse: *asimilarse el mayor número de voces exóticas, siempre que éstas, representando una idea nueva, una cosa no existente antes ... no tengan de antemano su vocablo representativo* (p. 480). De modo que no incurre en ninguna incoherencia cuando, después de haber usado tantos préstamos, defiende el término castizo: *si tenemos dos palabras,* ***papel*** *y* ***rol*** *... y si* ***rol*** *significa en francés lo que no significa en español, hacemos mal en dejarnos supeditar por los franceses, diciendo, para ser más claro: ha representado su* ***rol*** *muy bien, en vez de su* ***papel*** (p. 480). Si bien aboga a favor de la incorporación lexical es intransigente en cuanto a la gramática: *a todos los que escribimos nos gusta ser puristas; si no por la selección de las palabras, incuestionablemente por la selección gramatical* (p. 485); *¿Por qué no aferrarnos, cuando posible sea, a la estructura orgánica de la lengua madre?* (p. 316). Es lo que hizo.

Un solo caso de hibridez morfológica hemos encontrado, formado con una raíz verbal francesa y una terminación española: *Se dandinaba por Oxford Street como un favorito de la fortuna* (p. 278). Resulta tan pintoresco que bien se lo podemos perdonar.

De nuestras observaciones se desprende la siguiente conclusión: la actitud de Mansilla frente a la lengua francesa es bastante parecida a la actitud que adopta con las modas importadas.

Al regresar a Buenos Aires de su primer viaje, gozaba con la curiosidad y admiración que despertaba su ropa entre sus conciudadanos: *Vestido a la francesa, a la última moda, a la parisiense, con un airecito muy* ***chic*** *... con sombrero de copa muy puntiagudo, con levita larga y pantalón muy estrecho...* (p. 89), produjo gran revuelo y fue escoltado del barco hasta su casa por una tropa de curiosos. Pero tal actitud no pasa de ser una coquetería. Mansilla hace gala de elegancia, pero pone a la vez su orgullo en no caer en el "afrancesamiento": *El traje había cambiado, me vestía como un europeo; pero era tan criollo como el Chacho* (p. 94).

Ocurre lo mismo con el idioma. Comentando la satisfacción manifestada por su tío Juan Manuel al comprobar que el joven no se había "agringado" durante su estada en Europa, hace constar el autor: *Este* ***agringado*** *no tenía significación vulgar; significaba otra cosa: que yo no había vuelto, y era la verdad, preguntando como tantos tontos que van a Europa baúles y vuelven petacas: ¿y* ***comment*** *se llama este* ***chose blanqui*** *que ponen las galin?* (p. 94).

En cuanto al status de la lengua francesa en la Argentina de Mansilla, el enorme éxito que tuvieron las *Causeries* entre los contemporáneos pone en evidencia el prestigio que tenía el francés para una generación que posteriormente a la Independencia volvía la espalda a España, prestigio de lengua literaria y filosófica, prestigio de lengua internacional de comunicación también, como aparece en *Catherine Necrassof.* Pero en la obra, el uso del francés es ante todo una especie de coquetería literaria, un flirteo, asiduo ciertamente, pero nada más que un flirteo, un recurso estilístico que, además de crear una halagadora complicidad entre el autor y sus lectores, contribuye a dar al texto lo que su naturaleza de *Causerie* requería: gracia, ingenio, brillo y elegancia, en una palabra, *esprit.*

NOTAS

1 El número de página indicado entre paréntesis en el texto remite a la edición *Entre-Nos: Causeries del jueves* (Buenos Aires: Hachette, 1963).

2 El énfasis dentro de todas las transcripciones pertenece al texto original.

3 Lucio V. Mansilla, *Mis memorias: infancia, adolescencia* (Buenos Aires: Hachette, 1960).

4 Grafía que figura en el texto original, justificada por el autor en p. 81.

5 *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* (Madrid: Espasa Calpe, 1924).

6 *Diccionario Espasa Calpe Argentino* (Buenos Aires,1940).

7 Rafael María Baralt, *Diccionario de Galicismos* (Buenos Aires, 1945).